

Camécuaró

Fuente divina en que adoró Narciso
su propia imagen. Mar de Tiberíades
donde el rabino taumaturgo hizo
un milagro de paz, en las edades
del más maravilloso lago suizo
un hermano tenéis, ¡Oh, Tiberíades
y fuente griega en que se amó Narciso!...

I

Camécuaró, sonríe, que eras gemelo
de aquella fuente donde Pan cantaba
sus amores a Eco. En ritornelo
de luces hubo un coro que indagaba
si era que un cielo en tí se retrataba
o un jirón eras del azul del cielo.
Algún astro lloró por una estrella
y su llanto eres tú, son tus cristales
de transparencia azul, una querella
de amor entre dos seres inmortales.
O dí si eres un príncipe encantado
por un hada maligna que celosa
de tu amor ideal por una rosa
que del valle has robado,
con zafiros disueltos te ha formado
una cárcel de luz y prisioneros
tus delirios retiene, ¡Oh, enamorado!
y en las noches de luna te ha clavado

los puñales de luz de los luceros.
Si esta es tu cuita, dilo, tu madrina
que es una bella maga del ensueño,
me ha contado que tiene gran empeño
en salvarte, la estrella vespertina.

II

Camécuaro se calla. Ya está quieta
la divina extensión. Se alza la Beata
como un inmenso altar. Es un poeta
que a la montaña da su serenata.

—Yo soy, murmura el lago dulcemente,
sensible como tú. Mis misteriosas
actitudes son volunta eterna
en cada fuente
siempre en contemplación,
en la cisterna
que es toda utilidad,
en el torrente
que se lanza a las simas temerosas.
¡Realizan los designios de la mente
suprema que es el alma de las cosas!

Yo también, como tú, poseo la vida,
medito e investigo, estoy alerta
siempre; yo soy pupila que dormida
jamás está y hacia el espacio abierta,
yo vigilo los signos de la vida.

Yo también, como tú, tengo una lira,
su cordaje es de ondas,
dialogo con el viento que suspira
entre las frondas.

Yo sé también de solitarias citas
que a mis ansias las estrellas les dan.

Conozco y he palpado desnudeces
liliales;
sé de virginidades incendiadas
que en holocausto a Pan
se han deshojado junto a mis cristales.
He mirado llegar las alboradas
y las tardes de suaves palideces.

Poeta, concluyó, soy un abismo
de misterios azules y discretos;
no quieras inquirir de mis secretos,
yo soy un lago azul que está en tí mismo.

III

Yo pensé en mi adorada
princesita del valle zamorano,
levanté hacia los ortos la mirada
llena y brillante de fervor pagano,
y dije al lago: Hermano,
tú y yo nuestros poemas nos dijimos
con rútila palabra entusiasmada...
¡bebamos!... y bebimos
el ginebra inmortal de la alborada.

Nombre de archivo: ARTICULO PENDIENTE
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 28/04/2011 13:57:00
Cambio número: 283
Guardado el: 10/05/2011 15:26:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 3,454 minutos
Impreso el: 10/05/2011 15:26:00
Última impresión completa
Número de páginas: 3
Número de palabras: 0 (aprox.)
Número de caracteres: 3 (aprox.)